

# En torno a *The blank slate*, de Steven Pinker<sup>1</sup>

(Viking, 2002, 509 págs.)

José Adolfo de Azcárraga<sup>2</sup>

¿Existe una naturaleza humana innata, de carácter biológico, o es adquirida? Con toda seguridad su opinión estará incluida en alguna de las siguientes cuatro posibilidades, no todas excluyentes entre sí. La primera supone que, al nacer, la mente de los seres humanos es una *tabula rasa* (expresión que da pie al título) sobre la que en los primeros años se puede escribir todo lo que determinará su vida adulta. Esta visión se remonta a los estoicos griegos y a S. Tomás de Aquino; John Locke la utilizó para criticar a la aristocracia, que no podría justificar privilegios innatos si las mentes de nobles y plebeyos comenzasen igualmente vacías. La segunda es la teoría *rousseauiana* del *noble salvaje*: los seres humanos somos naturalmente buenos (justos y benéficos, como obligaba a serlo el art. 6 de la constitución española de 1812, *La Pepa*) hasta que la sociedad nos corrompe. La tercera es la del *espíritu que controla la máquina*, según la cual somos portadores de un alma que gobierna nuestro cuerpo y que toma decisiones con independencia de los procesos biológicos que lo rigen. Finalmente, quizá piense que, biológicamente hablando, existe una naturaleza humana, en parte determinada genéticamente, y que –por mencionar sólo una consecuencia de este punto de vista- en un hipotético trasplante de cerebro sería mejor ser donante que receptor.

La *existencia* de esa *naturaleza humana biológica* es la tesis de Steven Pinker, profesor de psicología del Instituto Tecnológico de Massachussets, el famoso MIT, autor de *How the mind works* (cómo funciona la mente), y miembro del foro de debate EDGE. *The blank slate* está repleto de sólidos argumentos que rebaten a quienes se resisten a aceptar esa existencia por razones diversas, pues el origen de la condición humana es una cuestión fundamental para múltiples aspectos de nuestra vida. Por ejemplo, los padres que estén convencidos de que la mente del niño es una *tabula rasa* se culparán sin remedio si sus hijos no alcanzan las metas propuestas, pues ello probaría que han sido incapaces de educarlos debidamente (lo que también puede ser cierto). La hipótesis de la *tabula rasa* tiene también consecuencias políticas, y ha resultado muy útil a todos los regímenes totalitarios: no es casualidad que la genética evolutiva estuviera prohibida durante el estalinismo, y tanto el dicho de Mao “los mejores poemas se escriben en un libro en blanco” como las alusiones al “hombre nuevo” del régimen hitleriano tienen todo tipo de connotaciones siniestras.

Los partidarios del *noble salvaje* tenderán a culpar a la sociedad de *toda* conducta delictiva: “todos somos culpables” es la frase *políticamente correcta* de ese grupo. Acusando a la sociedad, que por no poseer personalidad jurídica no responde ante ningún tribunal, se elimina toda responsabilidad personal sin que nadie la adquiera en su lugar, lo que facilita que, a veces, los criminales parezcan tener más derechos que

---

<sup>1</sup> Publicado (en valenciano) en *Mètode*, revista de divulgación científica de la Universitat de València, en el número de Febrero de 2004.

<sup>2</sup> Catedrático de física teórica de la UVEG. Correo electrónico: [j.a.de.azcarraga@ific.uv.es](mailto:j.a.de.azcarraga@ific.uv.es) . Página web: <http://ific.uv.es/~mathepth> , <http://fisteo.uv.es/directori.php3?unom=azcarrag>

sus víctimas. Hasta la intencionalidad de las penas puede tener un carácter diferente según la visión que se tenga del propio delincuente. Así, el derecho anglosajón, quizá menos optimista, confiere a las penas un mayor carácter de escarmiento y castigo que el español. La tesis del noble salvaje tiene también importantes y nocivas consecuencias para la educación, al suponer que un niño progresará por sí mismo si no se le desvía de su curso. Así, en una escuela de tipo *Summerhill* no debe haber exámenes, notas ni programas de estudio; los niños deben ser libres de ir a clase o no. Tal punto de vista ignora una obviedad: que la educación tiene por objeto proporcionar al cerebro los conocimientos *que necesita y que no posee inicialmente*. La evolución ha grabado en nuestra mente recursos que nos indican, sin necesidad de estudio, cuándo debemos comer o protegernos del frío e, incluso, que nos permiten aprender a hablar con cierta facilidad. Pero sin aprendizaje previo no podemos escribir y, menos aún, llegar a ser abogadas o neurocirujanos. La educación está, precisamente, *para compensar las carencias de nuestro cerebro* ante situaciones para las que no estamos inicialmente preparados. Así pues, toda pedagogía debería estar destinada a resolver este problema de la forma más eficaz y equilibrada; ignorar esta realidad puede resultar popular (“los exámenes son traumas innecesarios”, etc), pero es perjudicial para el niño. A veces pienso que el *Origen de las especies* debería ser lectura obligada de toda autoridad educativa, como las matemáticas lo son para los ingenieros.

El empirismo de la tabula rasa, el romanticismo del noble salvaje y el dualismo del espíritu que gobierna la máquina tienen, pues, serias implicaciones de todo tipo, por lo que muchos de sus defensores han sido críticos con los estudios científicos que contradicen esas creencias. Y es que es mucho lo que está en juego: sus actitudes, y en más de un caso sus excesos, dejarían de tener justificación posible, si es que alguna vez la tuvieron. Por eso los descubrimientos sobre la naturaleza humana son recibidos con recelo: a veces se piensa que atacan ideales de progreso (tal como lo entienden, claro está, sus defensores) o, en otras, que nos roban parte de nuestro ser más íntimo. No en vano Dostoyevski, en la que quizá es la mejor novela que se ha escrito desde *El Quijote*, hace afirmar a Dmitri Karamazov (¡en 1880!), cuando concluye que piensa como resultado de la actividad nerviosa de su cerebro, que “siente perder a Dios”. O, como afirmó Kasparov tras perder al ajedrez frente al ordenador *Big Blue* de IBM: “esto es el fin de la humanidad”.

La negativa a reconocer la existencia de una naturaleza humana biológica, innata, me recuerda la oposición de algunos filósofos *postmodernos* a la ciencia. En ambos casos hay un intento de reservar parcelas *protegidas*, sobre las que la ciencia no debe investigar y, si lo hace, no debe extraer conclusiones. En el caso que nos ocupa ha habido también algún científico que ha adoptado una posición excesivamente doctrinaria. El recientemente fallecido S.J. Gould (mejor divulgador que paleontólogo) y el genetista R. Lewontin, por ejemplo, han sido extraordinariamente críticos con R. Dawkins y con la *Sociobiología* de E. O. Wilson, un intento serio, aunque no definitivo, de estudiar las bases biológicas del comportamiento social. Lo sospechoso es el carácter personal y *apriorístico* de sus ataques, que trasluce motivos y lealtades ideológicas más que razones científicas. Pero como sostiene Wilson en *Consilience*, la unidad del conocimiento (a la que alude el antiguo vocablo inglés del título) no admite fronteras. La realidad, por su parte, es tozuda, y el libro de Pinker, que trata de reconducir el debate sobre la naturaleza humana al campo de la racionalidad y la moderación, lo ilustra sobradamente. Por ejemplo, los famosos

estudios de la antropóloga Margaret Mead sobre los aborígenes de Nueva Guinea y Samoa, en su día pilares de la tesis del noble salvaje, han tenido que ser sustancialmente revisados; la mente no es el *white paper* de Locke, sino producto de la evolución, etc. Curiosamente, este hecho separó finalmente a Darwin y a Wallace, quien en sus últimos años se dedicó al espiritismo y a tratar de comunicarse con los difuntos. Triste final para un generoso y excepcional científico.

La estructura de la mente es común a todos los seres humanos, con independencia de raza y cultura, como lo muestra la existencia de *universales humanos* como la *gramática universal* de Chomsky: todos somos lo que hablamos, y todos lo hacemos, esencialmente, de la misma manera. Pinker reconoce la influencia de Chomsky pero, contrariamente a éste y a Gould, considera que el lenguaje es un *instinto*, producto - también- de la adaptación evolutiva. Por su parte, la psicología evolutiva es cada vez más importante: al contrario que el psicoanálisis freudiano, es refutable en el sentido Popper y, por tanto, contrastable científicamente. Y es que, por ejemplo, resulta difícil comprobar la validez del complejo de Edipo, pero es muy sencillo confirmar que los rostros simétricos resultan sexualmente más atractivos que los que no lo son.

Una importante idea que subyace en el libro de Pinker es que la ciencia no puede proporcionar pautas éticas. La ética se basa en valores humanos y éstos no pueden ser dictados por la ciencia, aunque ésta puede contribuir a explicar su origen. Es cierto que los genes determinan la existencia del cerebro, que a su vez estimula el deseo sexual y, después, el amor a los hijos. Pero la propagación resultante del gen egoísta, por usar la terminología de Dawkins, es sólo una metáfora; los genes no poseen ningún impulso específico de supervivencia, lo que deja espacio libre para una moral no gobernada por ellos y compatible con el origen biológico de la naturaleza humana. No obstante, ignorar este origen es rechazar lo que somos y ponernos al alcance de cualquier ideología *reconfortante*. *Conócete a ti mismo*, decía el famoso mandato del templo de Apolo en Delfos. Para ello tendremos que aceptar que nuestro cerebro es un órgano biológico y no una aristotélica ventana abierta al mundo exterior y que, quizá, existen verdades literalmente inconcebibles y realidades que nunca podremos abarcar. Pero todo ser humano que se precie debería conocer sus propias limitaciones.

En resumen, el ensayo de Pinker constituye un libro ameno, desapasionado y erudito (incluye unas mil referencias), en un campo donde escasea el pensamiento lúcido y sin prejuicios. Un libro cuya lectura no dejará indiferente y que será una auténtica delicia para las mentes curiosas y, en particular, para las -por ahora- políticamente incorrectas.